

## **Diferente a todas (A modo de prólogo)**

Hace veintiséis años, en la revista Actual escribí una minibiografía de la Reina. Se publicó el 24 de marzo de 1982.

Se titulaba Sofía. Paso a paso. Golpe a golpe.

Había transcurrido un año del golpe de Tejero del 23-F y la imagen del Rey se había agigantado inconmensurablemente. La de la Reina, aún no había emergido con potencia.

A pesar de que se habían publicado algunas reseñas de la vida de Sofía, era mucho más lo que se ignoraba.

La Señora lucía un perfil bajísimo. Y casi cero disertaciones en público.

Recuerdo muy nítidamente unas imágenes del telediario en las que aparecía Sofía a las puertas de la universidad madrileña donde seguía un curso de sociología. Muy joven, muy sonriente, rodeada de funcionarios, remotísima.

Para escribir dos libros que publiqué sobre el rey Juan Carlos comencé a acercarme a la figura de la Reina. Con mucha paciencia y delicadeza. Recoger datos resultaba una tarea agotadora.

La historia oficial de La Zarzuela es tan aburrida y papista como lo fuera el NO-DO, donde el Generalísimo inauguraba todo lo inaugurable para aparecer espléndido semana a semana.

Antes y ahora, la historia oficial son los actos protocolarios, algunos vestidos, la vida junto a sus hijos, la fidelidad al Rey, las pistas de esquí y los veranos a vela en Mallorca. ¡Y unos peinados casi siempre imposibles!

La pequeña biografía de entonces comenzaba con esta entradilla:

Es la Reina y apenas la conocemos. Se dice de ella que es lista, que es guapa. Que influye. Actual pretende esta semana dar tan sólo algunos datos, pequeñas anécdotas personales muy poco conocidas pero que son aquellas en las que mejor se configura a la mujer que se hizo a sí misma en unos años difíciles, que se hizo paso a paso y fue supe-rándolo todo golpe a golpe. Una pequeña biografía ilustrada.

El texto comenzaba con esta frase: Sofía tendría que haberse llamado Olga. Fue una frase feliz: la utilizaron en decenas de otras biografías, reportajes, artículos, reseñas. Textual.

Después del Tejerazo, tirar piedras sobre el tejado de tejas calientes de La Zarzuela era decididamente idiota. Básicamente porque el Rey y la Reina hacían magníficamente su trabajo.

Como lo hacen hoy en día.

Aunque se colasen informaciones que en muchos casos eran ciertas y no dejaban bien parada la figura más íntima del Rey.

Sobre la Familia Real española se publica una décima parte de lo que se sabe. Y se sabe una centésima parte de lo que realmente sucede.

Los testigos de lo que pasa en La Zarzuela son sordos, ciegos y mudos.

A pesar de eso y luego de todos estos años de investigación, he podido reunir una serie cuantiosa de datos sobre la Reina.

Lo que sigue es la pequeña biografía que publiqué hace veintiséis años, actualizada con los últimos acontecimientos.

Ustedes perdonarán algunas ingenuidades y sabrán reconocer algunos rigores históricos.

La presento a modo de aperitivo:

Sofía tendría que haberse llamado Olga. Así lo habían decidido sus padres. Pero fue el pueblo griego quien, en definitiva, eligió el nombre. El 2 de noviembre de 1938, una muchedumbre feliz se agolpó a las puertas de la pequeña residencia de Psyjico, cerca de Atenas, para aguardar el advenimiento del primer hijo del príncipe Pablo de Grecia y la princesa Federica de Hannover.

En el piso alto de la casa, Pablo aferraba con ternura la mano de su esposa, que estaba a punto de dar a luz en el pequeño salón privado que se había construido remodelando una galería. En el piso bajo aguardaban el rey Jorge de Grecia, hermano de Pablo, y el jefe del gobierno.

El rey Pablo y la reina Federica, padres de doña Sofía.

Una salva de artillería anunciaría el nacimiento. El protocolo indicaba que si nacía una niña debían dispararse veinte cañonazos. ¡Y fueron veinte! Entonces, la pequeña multitud que aguardaba, respetando la tradición griega de dar a los niños el nombre de sus abuelos, comenzó a gritar enfervorizada: «¡Sofía! ¡Sofía!».

De esta manera, el bautismo popular frustró el deseo de los padres.

Cuando aún no contaba con un mes de vida, Sofía concurrió a su primera «audiencia oficial». En realidad, se trató de una estratagema de su madre para salvar un momento embarazoso.

Federica, antes de convertirse en la esposa de Pablo de Grecia, había desarrollado muy poca vida social. Llevaba una vida campestre y lejana a los complicados vericuetos del protocolo. Se resistía denodadamente a concurrir a las audiencias. Le resultaba difícil encontrar tema de conversación.

Cuando nació su hija, pensó que allí tendría una extraordinaria fuente de comentarios. Sin pensárselo dos veces, la llevó en brazos a recibir a un grupo de señoras.

Cada vez que elogiaban a su hija, solía responder:

—Sí, Sofía es muy bonita. Lástima que haya sacado mi nariz.

Desde luego, las damas siempre le respondían algo así como:

—¡Oh, no!, tiene una nariz monísima.

Hasta que en una de esas audiencias recibió un verdadero jarro de agua fría cuando una dama le respondió:

—No se preocupe usted; eso se le corregirá con el tiempo.

El domingo 20 de abril de 1941, la pequeña Sofía corre de la mano de su madre hacia los sótanos del Palacio Real de Tatoi. Ha oído siete veces ese día las sirenas de alarma. Y ha oído muchas veces la palabra bombardeos y la frase: «¡Esta maldita guerra!».

Tiene apenas dos años, pero comprende que lo de saltar de la cama en medio de la noche no es un juego. Los alemanes bombardean el aeropuerto cercano al palacio, y a ella y a su hermano Constantino —que apenas tiene unos meses de edad— les llevan rápidamente a los refugios antiaéreos en cuanto suenan esas horribles sirenas.

Los alemanes bombardean Atenas. La Familia Real ha decidido abandonar Grecia. Alguien le explica a la pequeña Sofía que partirán en un avión y que harán un viaje.

Palacio Real de Tatoi.

Es de noche. Su madre la lleva fuertemente cogida de la mano. Suben a una lancha motora y luego a un pequeño hidroavión. Papá Pablo se reunirá luego con ellos.

Cuando amanece, descienden en un sitio que se llama Creta. Y allí nuevamente suenan las horribles sirenas.

Otra vez los aviones y las bombas. Debe saltar a una zanja para protegerse del bombardeo. Su madre la sienta en su regazo, le tapa los oídos con las manos y le canta: «Beee, beee, negro corderito». Pero ella escucha perfectamente las explosiones, que suenan muy cerca. Más cerca que nunca.

De Creta saltan a Egipto y de allí a Ciudad del Cabo, en Sudáfrica. Le dicen a Sofía que su padre debe partir a Inglaterra. Sofía llora porque no quiere separarse de su papá «Palo».

Federica se instala en el palacio de gobierno de Ciudad del Cabo con sus dos hijos. Está embarazada por tercera vez y lejos de su marido. Pero también lejos de las bombas. Sin embargo, nuevamente deben despertar a Sofía en medio de la noche. El palacio se está incendiando. Pocos minutos después, sólo quedan cenizas. En ese incendio se pierden las pocas pertenencias que Federica había podido sacar de Atenas.

Y cambian nuevamente de casa. Ahora Sofía vive en una especie de bungalow que antiguamente había sido una cuadra. Aquel sitio olía a ca-ballos y a paja. Por las noches, Sofía escuchaba a las ratas corriendo por el tejado y, quizás, también escuchaba a su madre llorar amargamente.

Entonces aferraba con fuerza la fotografía de su padre... porque jamás se iba a la cama sin ella.

Pensaba permanentemente en su padre.

Sofía acaba de cumplir tres años. Federica quiere que sus hijos tengan unas Navidades como las que ella tenía cuando era pequeña. A pesar del sitio horrible en el que se ven obligados a vivir, a pesar de que la comida es escasa, la leche aguada y la mantequilla agria. Y a pesar de las cucarachas en el baño.

Para Federica, su pequeña Sofía es muy inteligente y mantiene con ella largas conversaciones.

Piensa que tiene una voluntad férrea y un desarrollado instinto maternal. Protege permanentemente a su pequeño hermano Tino. Sofía suele comentar:

—Papá está en Inglaterra, pero no tardará en volver y jugará con Sofía, ¿verdad?

Sí, decididamente tendrían unas Navidades como era debido. Federica armó un árbol y decoró una pequeña estancia de la casa. Sofía estaba excitada. Quería saber qué estaba tramando su madre y por qué llevaba

paquetes bonitos a aquella habitación. Cada cinco minutos golpeaba la puerta. Finalmente, su madre dejó que ella y Tino entrasen. Se les iluminó el rostro al ver el árbol y los juguetes.

—No les dije qué regalo era para una y para otro —le contaba Federica a su marido, en una carta fechada el 24 de diciembre de 1941—. Y les dejé elegir los que más les gustaran. Sofía se enamoró de un caballo destinado a Tino. Como Tino no protestó, la cosa fue bien. Por su parte, eligió una sartén y una cuchara más apropiadas para Sofía. Cuando se fueran a la cama pensó que tratarían de llevarse los juguetes, pero no ocurrió así. Insistieron, como siempre, en llevarse sólo tu fotografía.

Finalmente, Federica pudo mudarse con sus hijos a casa de unos amigos griegos, los Coutarelli.

Aquello era muy distinto al antiguo sitio de las ratas. Federica ya no lloraba por las noches y estaba más predispuesta a jugar con sus hijos. Una tarde, sentó a Sofía en sus rodillas y le mostró una vieja fotografía en la que aparecía mirando hacia la cámara. Sofía cogió la foto y dijo:

—Quiero esta foto porque aquí mamá mira a Sofía.

Pero cuando le enseñó otra en la que miraba hacia lo alto, Sofía dijo:

—Sofía no quiere ésta porque allí mamá está mirando a papá.

En marzo de 1944 toda la familia se reunió en Egipto. Papá ya estaba junto a su esposa y sus tres hijos: Sofía, Tino y la pequeña Irene. La casa en la que vivían estaba situada en Alejandría. Era vieja y ruinosa. Sin embargo, tenía un bonito jardín donde los niños podían jugar por la tarde.

Durante la mañana concurrían a un parvulario inglés.

Pasaban tardes enteras en ese jardín junto a los hijos de la reina Farida, que tenían la misma edad que ellos. La casa era tan vieja que una noche un trozo de techo cayó junto a la cama de Federica

y Pablo. Otro día, se derrumbó parte de la galería de mármol. Para colmo, cierta tarde llegó a la casa un equipo sanitario con la orden de vacunar a todos sus habitantes. En el barrio había peste bubónica. Tino y Sofía, mientras jugaban en el jardín, trepados a un árbol, pudieron ver el cadáver del vecino víctima de la peste.

Se decidió entonces que los niños fuesen a vivir a un piso vacío fuera de esa zona. Pero las desgracias continuaron. También allí se produjeron bombardeos.

Una noche, aullaron nuevamente las sirenas. Federica corrió junto a sus hijos. Al entrar en el cuarto de los pequeños, encontró a Sofía sentada en la cama de Tino, abrazándolo y protegiéndolo. Ambos estaban aterrorizados. Constantino, con un hilo de voz, dijo, sin embargo:

—No tengo miedo. El que está asustado es mi estómago.

Aquéllos resultaron tiempos muy duros. En los cinco años de exilio, Federica y sus hijos cambiaron veintidós veces de residencia.

Fue en el verano de 1946. Un referéndum devolvió el trono de Grecia al rey Jorge. El príncipe Pablo y su familia regresaron por fin a la casa de Psyjico. Sofía tenía un recuerdo muy vago de aquella casa en la que había vivido hasta los dos años. Ahora estaba muy deteriorada. Había servido para albergar a soldados alemanes, italianos e ingleses. El país sufría las consecuencias de la posguerra. Cundía el hambre y la desesperación. Pero tampoco permanecieron mucho tiempo en aquella residencia donde habían nacido Sofía y Tino.

El 1 de abril de 1947 murió el rey Jorge. Pablo fue coronado. Una nueva residencia: el palacio de Tatoi. Los niños comenzaron a crecer en un país asolado por la guerra civil. Sus padres viajaban permanentemente por todo el país y visitaban el extranjero. Pero también tenían tiempo para la vida familiar y la intimidad.

Cierta tarde, Sofía estaba sentada junto a su madre. Frente a ellas, el rey Pablo leía el periódico. Repentinamente, Sofía dijo:

—¿Sabes, mamá? Creo que tenemos el papá más guapo del mundo.

Sofía con su madre e hijas.

Relata la reina Federica en sus Memorias:

«A medida que se iban haciendo mayores, nuestros hijos eran una inmensa ayuda para nosotros. Sofía e Irene se hicieron cargo de muchas de mis obligaciones y recorrían el país de punta a punta para visitar los pueblos más alejados, demostrando a sus habitantes que no los olvidábamos. Realizaban su trabajo con un profundo sentido del deber. No se trataba de cumplir una obligación protocolaria, sino de prestar un servicio con toda el alma. Nuestros hijos aprendieron desde la niñez a sobreponerse a sus debilidades. Esto no se consigue más que a fuerza de sufrimiento. Lo sabían y no les asustaba. Hoy tienen una libertad interior que nada ni nadie puede destruir desde fuera».

Cuando llegó la hora de elegir un buen colegio para Sofía, su madre pensó que lo más adecuado era que concurriese a las Escuelas Kurt Hahn, en Salem, Alemania. Eran mixtas y estaban dirigidas por su hermano, el príncipe Jorge de Hannover. Sofía fue confiada a su tía, la princesa Sofía de Hannover y partió rumbo a Alemania. Sin embargo, el momento de la despedida resultó desgarrador para toda la familia. Sofía, que para todos era «la alegría de la casa», se negaba a partir. Se abrazó a su madre y gritó arrasada por las lágrimas.

Pero rápidamente se aclimató a la escuela. Tanto que corregía permanentemente a su profesor de griego. Sofía aseguraba que su maestro pronunciaba mal el idioma. Lo que sucedía era que el hombre utilizaba la pronunciación de Erasmo, que, en Grecia, se considera incorrecta.

Más tarde, Irene ingresó también en la escuela alemana. Juntas pasaron a formar parte del coro escolar. Ambas sentían verdadera pasión por la música, ya que sus padres eran entusiastas melómanos. Por el palacio de Tatoi habían desfilado las principales figuras de la «gran música», que eran, además, amigos de la casa. Artistas como el violinista Yehudi Menuhin o la pianista Gina Bachauer.

El amor hacia los niños que siente Sofía también le fue inculcado familiarmente. Su madre se preocupó con fervor por los niños. Creó hogares infantiles y les dedicó grandes esfuerzos durante largos años de su vida. Apenas regresó de Alemania, Sofía ingresó en la Escuela de Enfermeras de Grecia y se especializó en puericultura. Incluso prestó servicios en un hogar infantil, cumpliendo a rajatabla los duros horarios de guardias.

Mientras estudiaba psicología, en sus cursos de enfermera, el profesor impartió la teoría de que también los recién nacidos tienen sueños eróticos. Fue entonces cuando Sofía ironizó:

—Me gustaría saber qué bebé ha contado ese cuento a nuestro profesor.

Pero no terminó allí la formación de Sofía. Recibió clases de griego clásico, historia, literatura y arqueología. Junto a su hermana, realizó excavaciones en los alrededores del palacio de Tatoi y escribió dos pequeños tratados arqueológicos que se publicaron en 1959 bajo los títulos:

Miscelánea arqueológica y Cerámicas en Docelia.

La otra gran pasión familiar era la navegación. Cada miembro de la Familia Real tenía un balandro de color diferente. El de Sofía era de color rojo oscuro y compitió ardientemente en las regatas contra su padre y su hermano, que habían sido campeón nacional e internacional respectivamente. La última en llegar a la meta era, generalmente, la reina Federica.

Juan Carlos de Borbón concurrió en Inglaterra a la boda del duque de Kent. Allí estaba también la

princesa Sofía acompañada de su hermano Constantino. El príncipe Juan Carlos no ocultó en ningún momento su interés por la princesa griega. También Sofía demostró interés por Juan Carlos. Tanto que Constantino alertó telefónicamente a su familia:

—Algo sucede entre mi hermana y Juan Carlos.

Hubo discusiones, claro. Pero, como se sabe, el cuento del príncipe y la princesa terminó en boda. Sofía se convirtió al catolicismo, después de un noviazgo que comenzó en la residencia veraniega de los reyes griegos, en Corfú, quizá uno de los sitios más ideales del mundo para enamorarse. Aquella niña que apretaba la fotografía de su padre antes de dormirse mientras escuchaba correr las ratas por el tejado y el llanto de su madre en una mísera casa de Sudáfrica es hoy la reina Sofía. Una mujer tímida en público y coherente con su pasado, con su formación. Lejana al boato y los resplandores cortesanos. Una mujer con un estupendo sentido del humor y una exquisita sensibilidad.

«Jamás ayudo a mi marido en las tareas marineras cuando navegamos. Una vez le ayudé cuando éramos novios y después de aquella tarde aún no sé cómo pude casarme con él», comentó Sofía a unas periodistas norteamericanas, con fina ironía.

Quizá recordando la larga ausencia de su padre, Sofía permitió a su hijo —con la total complacencia de don Juan Carlos— que viese a su padre a cualquier hora del día, incluso en los momentos en que el Rey estuviese hablando con el mismo presidente del gobierno.

También es coherente la elección de La Zarzuela como sede real y no el palacio de Oriente. La Zarzuela es un palacio modesto, que Juan Carlos y doña Sofía fueron remodelando a su gusto y decorándolo mientras se consolidaban como pareja y como matrimonio.

Sofía es una Reina que ordena: «¡Vámonos inmediatamente hacia allá!», apenas conoce la noticia de una terrible explosión de gas en una escuela de Ortuella, donde mueren horriblemente varios niños. O dialoga en un Hogar Escuela de Yeste con un alumno:

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—Yo, Miguel Ángel. ¿Y tú?

—Yo, Sofía.

Una Reina que llega una tarde cualquiera de diciembre a unos grandes almacenes para elegir junto a su hijo Felipe los regalos navideños y pide a los encargados que no tengan atenciones especiales con ella y con su hijo. Que les traten como a cualquier otro cliente. O entra por sorpresa en una zapatería y compra cuatro pares de zapatillas.

La misma Reina que le confiesa al cantante Raphael:

«Cuando hojeo las revistas del corazón me lo paso bomba».

Una mujer firme y decidida que quiere entrar al quirófano para acompañar a su marido cuando van a intervenirle después de un accidente en La Zarzuela: la tarde aquella en la que el Rey se estrelló contra una puerta de vidrio y sufrió lesiones en el brazo, el tórax y la cara.

Tan decidida como cuando rechazó unos pendientes muy costosos que le ofreció el pueblo de Alcañiz, en Teruel. La cordura y la crisis económica del país indicaban que era mucho mejor dedicar el importe de la joya a obras sociales. Y así lo hizo saber.

Pequeñas anécdotas, algunas poco difundidas, que la definen. Que ayudan a conocerla mejor, a sacarla de su eficiente segundo plano junto al Rey. Como aquella tarde, en Toledo, en la finca Los Quintos de Mora, cuando nombraron al príncipe Felipe Guarda Mayor Jurado.

Hacía mucho frío y se pidió a los Reyes que ingresasen en un pabellón para beber un café bien caliente. La Reina preguntó entonces: «¿Hay café para todos?». Cuando le respondieron que no, dijo sencillamente: «Pues entonces nada. O hay para todos o para ninguno».

Con una sonrisa se repuso de la sorpresa que le causó el presidente de Honduras durante su viaje por Latinoamérica. El presidente Juan Alberto Melgar, después de imponerle la máxima condecoración hondureña, se saltó el protocolo y la abrazó reciamente.

Es la Reina que asiste a sus clases de ciencias sociales en la Universidad Autónoma de Madrid; o lleva y trae a sus hijos del colegio; o llama a otra madre para preguntarle por qué no ha invitado a su hijo Felipe a una fiesta de cumpleaños; o disfruta de un tentempié en una cafetería madrileña junto a su secretaria, o propone e impulsa los mundiales culturales paralelos al Mundial de Fútbol. Una mujer coherente consigo misma, que podría cantar de principio a fin el Mesías de Händel o contrastar las últimas técnicas para niños deficientes con un especialista.

Para más información me remito a la radiografía de una Reina:

Fecha de nacimiento: miércoles, 2 de noviembre de 1938.

Signo astrológico: escorpio.

Joya preferida: una pulsera de oro liso en cuyo cierre hay dos esmeraldas y dos rubíes. Es herencia de Alfonso XIII y le fue regalada por Juan Carlos el día de su compromiso matrimonial. No le agrada ir recargada de joyas. Algunas veces luce las del Patrimonio, con diseño de época y gran valor artístico. Siempre las prefiere clásicas y huye de la ostentación.

Modistas: españoles. En general, prefiere elegir ropas prêt-à-porter y ella misma las selecciona en las boutiques del barrio de Salamanca.

Trajes: en general, modelos elegantes pero discretos. Modernos, pero en la línea clásica. Prefiere siempre los colores claros. No le importa en absoluto lucir dos o tres veces un mismo modelo en

diferentes actos oficiales. Busca siempre la armonía y el equilibrio en su ropa. Sus preferidos son los trajes con chaqueta para atuendo de día. Durante el verano, viste preferentemente pantalones vaqueros con blusas amplias y cómodas o faldas payesas y zapatillas o alpargatas.

Autores musicales: Juan Sebastián Bach, los barrocos en general. También Mozart, Beethoven y Händel.

Obra musical: La Pasión según San Mateo, de Bach. Para su ceremonia nupcial eligió personalmente el Aleluya, de Händel.

Pasiones: la música, los ovnis, la magia y todo lo concerniente a la vida extraterrestre. El estudio sobre la historia europea, en el que compite con la reina Sirikit de Tailandia. Y el estudio de la literatura hindú.

Secretaria: Laura Hurtado de Mendoza.

Dieta: es casi vegetariana. Consume mucha fruta y verdura. También algo de pescado. Sus platos preferidos son el arroz y el gazpacho. Supervisa personalmente el menú de La Zarzuela. En algunas ocasiones cambia algún plato en el menú que le presenta el cocinero real.

Aficiones: tocar el piano. Ver televisión, a la que es muy aficionada. Hacer punto, aunque en los últimos años lo ha abandonado. La mayor parte de la ropa de bebés de sus hijos fue tejida por ella misma.

Idiomas: griego, inglés, alemán, francés y castellano, idioma que aprendió en ocho meses con Julia Iatridis, una hispano-griega.

Libros: está al tanto de las últimas novedades bibliográficas. Recibe permanentemente material de Londres y París.

Piel: no le agrada. Tiene un abrigo de visón que le regaló su padre el día de su boda.

Doncellas: Paulina y Loli.

Perros preferidos: Moro y Pepper.

Costumbres: se levanta a las siete de la mañana y se acuesta pasada la medianoche. Casi siempre lee una hora antes de dormirse.

Misa: todos los domingos en el palacio de La Zarzuela.

Ésta es la Reina de España. Sofía de Grecia. Hija de Reyes. La reina Sofía, que recibió este insólito piropo desde las páginas de un periódico de El Salvador cuando visitó aquel país: «Si la bella jovencita, y dicho sea con el debido respeto, que parece muñeca, rubia y de ojos azules, no fuese la Reina de España, habría sido una excelente idea que sin mucho trámite la hicieran Reina de España... Si la distinguida mujer que hoy es esposa del rey Juan Carlos pasase cualquier día frente a los piropeadores chapines de esos del peladera, a más de alguno se le ocurriría decirle: ¡Adiós, Reina!».

Una mujer de la que aún nos queda mucho, muchísimo, por conocer.

Hoy, tiempo después de aquellas líneas, he escrito Las mejores anécdotas de la Reina para desvelar lo mucho, muchísimo, que aún quedaba por conocer.